

pestad de injurias con alegría interior, y consolacion de sus almas: ofrecer con serenidad la mexilla siniestra al que atrevido les hirió en la diestra: comer solamente un platillo de legumbres viles, y comunes, hallándose en los mas opulentos banquetes: no somarse siquiera á ver un suntuosísimo espectáculo al mismo tiempo que desea verlo todo el pueblo: despreciar serenamente las dignidades mas altas á que aspiran los mundanos con sobrada ambicion, y codicia. Estas, y otras muchas proezas han hecho, y hacen los prudentes, y sabios para romper el curso rápido, y quebrar las alas á su voluntad, y apetitos. Los Estoicos nos dexaron muy buenos exemplos, y sentencias muy oportunas acerca de esta materia; pero nos servirán incomparablemente mejor las vidas, y doctrinas de los Santos, Filósofos, Sabios, y mas prudentes, que lo fueron los Gentiles, porque fueron discípulos del mejor Maestro; y habiendo vivido entre el bullicio del mundo, como ahora nosotros, pueden servirnos de norma, y modelo.

CAPITULO XXXV.

Utilidad, y necesidad de reprimir nuestros deseos, y pasiones.

§. I.

PAra que mas, y mas nos esforcemos, y apetezcamos el caminar por la segura, aunque áspera senda de la mortificacion, nos ayudará no poco, y á veces mas que otra qualquiera cosa el conocer una importante verdad, sobre la qual no solemos hacer reflexion, aunque por otra parte los Filósofos sabios, y en particular Séneca la promueve, y encomienda, como cosa de mucha importancia. Nosotros en todo caso deseamos, y apetece-
mos una vida feliz: queremos apartar de nuestro cora-

zon

zon las angustias, y trabajosos afanes quanto nos sea posible: buscamos con ansia aquella tranquilidad de ánimo, en que diximos consistir la verdadera felicidad de este mundo; y con todo experimentamos, si no siempre, por lo menos muchas veces, tantas, y tan pesadas turbaciones internas, mal satisfechos de este mundo, y mas descontentos de nosotros mismos. ¿De donde, pues, provienen tantas, y tan frequentes borrascas, como experimentamos en este mar de nuestra vida? La mayor parte la levantan nuestros apetitos, y deseos, que continuamente nacen, y se apoderan de nuestros corazones, enderezándose unas veces hácia la hacienda, otras hácia los honores, las mas hácia los gustos, y placeres: en una palabra, corren unos detras de otros muchos objetos terrenos, ó para conseguirlos, ó para conservarlos, ó finalmente para disponer de ellos á nuestro arbitrio. Dificil cosa es, ó imposible, por mejor decir, que puedan cumplirse tantos, y tan varios deseos, ni en todo, ni en parte, por las muchas contrariedades de que está lleno el mundo, ocasionadas de los deseos mismos que tienen los hombres. Véase, pues, ahora el modo con que estos nuestros deseos nos atormentán; y qual es la verdadera causa de nuestras interiores angustias: estos vehementes deseos de ser felices, y el no contentarnos jamas con nuestra suerte, esto mismo es lo que nos hace ser siempre infelices. Desde el punto en que comienza á bullir en nuestro corazon uno de estos deseos, se siente nuestra alma conmovida, agitada, y ansiosa; y quanto mas vehemente es el deseo, tanto mayor es la violencia con que se agita, y mueve nuestra alma, movimiento á la verdad desapacible, y alguna vez insufrible, y especialmente afflige el alma mucho quando no puede conseguir lo que desea. *Con el querer, y el desear crece el penar*, decian nuestros viejos antiguos allá á su modo. Este es el camino por donde alguna vez se suele llegar al triste pais de la desesperacion; esto es, á una de las mas terribles, y peligrosas situaciones en que pue-

pueden hallarse las criaturas racionales. Aquellos Poetas enamorados, en cuyos versos se encuentran tantos entusiasmos, pintando con tan vivos colores el deplorable estado, y la triste agonía en que dicen hallarse sus almas, á la verdad que muchas veces mas que Poetas son Historiadores. Con todo aun suele quedarles algun poco de juicio para no admitir en su casa aquella muerte que en sus versos se publica inevitable; bien que no quedarán absolutamente libres de ella, si es verdadero aquel afecto fervoroso, que les hace sentir dentro de sí aquellas mortales ansias que expresan, y aquellas angustias ridiculas que en sus canciones manifiestan. Porque á la verdad, los vehementes deseos traen tras de sí las pasiones de la ira, del dolor, del temor, de los zelos, de la envidia, y otros mil afectos, hijos todos de aquellos mismos apetitos, furias que atormentan el ánimo en aquel miserable conflicto, aunque loca, y voluntariamente buscado. Lo mismo puede, y suele acontecer á quien acometen, y dominan fuertes deseos de tener hacienda, de lograr una excesiva ganancia, de alcanzar un alto puesto, de mandar á otros, de recuperar su propia salud, ó la de un hijo querido gravemente enfermo, de una premeditada venganza, de quedar victorioso en un puntillo de honra, ó en otras semejantes ocurrencias de la concupiscencia humana, sean justas, ó injustas. Aun quando sean discretos semejantes deseos, no dexan de causar en el hombre muchas, y penosas inquietudes, tomando de aquí principalmente su movimiento todas las pasiones, que agitan, y perturban el ánimo de los mortales, entrando tambien aquellas inquietudes secretas, que no se descubren á la primera vista. Quando una persona libre, y sana se siente con algun insulto de la melancolía, no tardará en descubrir la causa de ella, si con atención registrase el interior gabinete de su alma; pues muchas veces no será otro el principio que algun deseo, cuyo cumplimiento retardan, impiden, ó imposibilitan algunas difíciles circunstancias.

§. II.

esto mismo se le ve en el sup. en la misma obra, lo que en el
mediante el sup. en el §. II. de la misma obra, lo que en el
esto mismo se le ve en el sup. en la misma obra, lo que en el
esto mismo se le ve en el sup. en la misma obra, lo que en el

QUE hará, pues, el hombre prudente, y sabio, que dominando á todos sus deseos, únicamente suspira por vivir tranquila, y felizmente los pocos dias que ha de habitar en esta tierra? Pone todo su cuidado en reprimir qualquier molesto deseo, y hace quanto puede para contener aquella inquieta pasion, que intenta perturbar su tranquilidad. Yo no quiero enojarme, dice, vaya fuera este amor, que me hace suspirar, y padecer penosas ansias, vaya fuera: buen viage, señor odio, y rencor, que tanto me perturbais. De este mismo modo debe hacerse con qualquiera otra pasion, y apetito, que indiscretamente quiera inquietarnos, y confundirnos. Al punto que el hombre prudente, y sabio reconoce, y advierte que en el mar de su corazon quiere levantarse alguna borrasca, se opone, y hace una competente resistencia; y si acaso se ha levantado, procura divertir el pensamiento hácia otros objetos, reprehendiéndose á sí propio, y siempre con el ánimo constante, y determinado á no perder su quietud, y paz interior, la qual sin duda es un bien mas apetecible, y estimable, que quantos el apetito, y la pasion pueden proponerle. Si el apetito, ó el deseo miran á un bien honesto, y lícito, manda como dueño de su ánimo que no se afane para conseguirlo, y que no se turbe, ni desazone si acaso no lo consigue. Este es todo el gran secreto de la Filosofía Moral para conducir á sus profesores al logro de la felicidad, ó felicidades que en esta vida pueden alcanzar los hombres. Calmarán ciertamente todas nuestras interiores tempestades, quando cesen los vientos que las mueven. Este es el camino real, por el qual se llega á coneguir la tranquilidad, y sosiego de nuestro ánimo: en órden á cuyo importantísimo negocio no se sacian de darnos reglas, y documentos los antiguos Filósofos, así Gentiles, como Christianos; y estando como está en nues-

Tom. II.

L

tra mano el hacer callar, ya que no el desalojar totalmente de nuestra casa estós enemigos, que la perturban, é inquietan, los cuales están siempre dispuestos á conspirar contra nuestra felicidad, y quietud: será debilidad, y culpa nuestra si no nos imponemos un riguroso precepto á nosotros mismos, de no apetecer, y desear sino las cosas lícitas, y honestas: (pues para las que no lo son, debe contenernos la Ley Santa de Dios): y aun el deseo de las cosas lícitas, y buenas, debe ser deseo pacífico, y con un ánimo preparado á recibir con paciencia, así el cumplimiento de lo que se desea, como el que no se cumpla. ¿Pero quien será el que llegue á tanto? Ciertamente que serán pocos; porque no es lo mismo el leer, y conocer por verdaderos, y bien fundados tantos, y tan bellos axiomas de los Filósofos, y especialmente quanto en esta materia nos dexaron Séneca, Epicteto, y otros muchos: la dificultad está en practicarlos, y Ponerlos por obra; y aquí es donde todo el edificio de la especulativa fácilmente cae en tierra. Nuestro amor propio, señor tan vivo como poderoso de nuestra alma, en llegando la ocasión destruye, y desbarata todos los reparos de la Filosofía, y hace que con todo el aparato magnífico del saber, con toda la prevencion de sentencias, y proverbios, que nos franquea esta ciencia tan apreciable, nos hallemos en el caso práctico con inquietisimos deseos, que nacen dentro de nosotros mismos: vemos que se encienden molestísimas, y vehementes pasiones, que atormentan, y despedazan nuestros corazones, furiosas rabias, sombríos, y melancólicos temores, dolores insufribles, odios implacables, viles intereses, deseos de venganza, ambicion orgullosa, y otros muchos afectos inquietos, que roban al corazón humano toda su quietud, y sosiego.

Es cierto que para llegar á conseguir este raro, y sublime imperio de nosotros mismos, para alcanzar es-

te singularísimo dominio sobre nuestros apetitos, y deseos (es forzoso el confesarlo) se necesita un esfuerzo extraordinario, muchas pruebas, y experiencias muy continuadas, consistiendo en estas con especialidad el ser dueños de la virtud de la mortificación. Y aun quando parezca á alguno que ya tiene sujetos, y bien encadenados debaxo de sus pies todos los apetitos terrenos: quando juzga que ya tiene encerradas como en estrecha, y fuerte cárcel todas sus inquietas pasiones. Ah! que quando menos se lo piense hallará estos enemigos dentro de su propia casa (si es que ántes habian salido de ella). Se le presentará una ocasión nunca imaginada, ni prevista, y le hará prorumpir en un incendio de cólera, ó en una indecente impaciencia: retoñará, y crecerá en él, sin advertirlo, algun apetito de vanagloria, algun deseo de grados honoríficos, de exórbitanes ganancias, de comodidades, de riquezas; pero este deseo, este apetito no se presentará á cara descubierta, como solemos decir: vendrá cubierto, y disimulado con algun pretexto, y apariencia de lícito. Estos ingeniosos, y sutiles ladrones encuentran, y saben mil caminos para llegar quando menos se piensa adonde quieren ellos. Por tanto, no hay que fiarse mucho, ni confiar de haberse el hombre sujetado á sí propio, ni sus deseos, y apetitos, de tal manera, que no le quede que rezelar, y velar sobre sí por todo el tiempo de su vida. Habrémos cortado acaso las ramas, y las hojas del árbol, pero quedarán las raíces, y el tronco, de que brotarán retoños, y tallos nuevos de quando en quando: por lo que es necesario un estudio continuado, un perpetuo ejercicio de mortificación, así para tener á raya los deseos, y apetitos que nos inquietan, como para reprimir las pasiones á que estamos sujetos todos los mortales. Adviértase, esto no obstante, que el hombre sabio nada se altera, ni descompona, guardando siempre aquella paz, y tranquilidad interior, en que ya dexamos establecida la felicidad que podemos adquirir en esta vida mortal. Nada le acusa, ni

remuerde su conciencia : sabe que Dios está pronto para ayudarle , y así resiste serenamente las tentaciones ; y despues que con el divino socorro ha conseguido la victoria , crece en su alma la consolacion , y el gozo de haber vencido . Y si no conseguimos á las veces el que nuestro corazon se vea libre de molestas pasiones , á lo menos logramos ventajas en otro punto muy importante , esto es , conseguimos que éstas no estén en nuestra casa , sin que seamos sabidores , y de consiguiente podemos considerar , y reflexionar el mal que pueden hacernos , y poner los medios para evitarlo . Porque á la verdad , ¿ como se podrá mortificar , y refrenar , quando no se advierte que está en nuestro corazon ? Ay de aquellos en quienes el odio contra alguna persona particular ha prendido secretamente el fuego en su corazon ! Lo mismo se debe decir si el odio es contra alguna Comunidad , Pueblo , ó Nacion . Era , por lo pasado , aquella persona digna de toda veneracion , y estima , por su elevado mérito , y bellas prendas : aparece despues otra cosa muy diversa , y quiera Dios que aun sus virtudes mas notorias , y relevantes no comparezcan en sus ojos otros tantos vicios : sin poner cuidado en ello , correrá su lengua á desacreditarlo , y burlarlo , ó si no pueden menos de alabar en él algunas cosas , irán las alabanzas tan bien guardadas de bufoneries ingeniosas , y pesadas chanzonetas , que el pobre objeto del panegirico en vez de ganar algo , saldrá maltratado , y mal herido . No es la razon la que habla por boca de estos panegiristas , la envenenada pasion es la que mueve su lengua ; y el que sepa discernir cuál es el maestro , é intérprete interior que les sugiere , y hace hablar , dexará de maravillarse al oírlos , y sin un exácto exámen no dará crédito á quanto irónicamente censuran , y dicen .

Esto , que sucede á las personas de que hablamos arriba acerca de esta determinada materia , sucede tam-

tambien á otras muchas , poseídas de otros afectos , y pasiones diversas . ¿ Que mas ? Lo hallaremos dentro de nosotros mismos ; porque se transforma en mil géneros de pasiones nuestro amor propio ; pero con tal arte , y sutileza , que sin intentar nosotros tomar consejo de la pasion , lo tomamos muchas veces sin querer . Estoy persuadido , y aun creo que son pocos los Jueces Christianos , que tienen á su cargo el decidir , y sentenciar en el Foro , y en los Tribunales los pleytos criminales , y civiles , que lleven al Tribunal otro pensamiento , ó designio que el de juzgar con equidad , y hacer recta justicia ; segun los méritos de la causa , y su capacidad , é inteligencia . Si por cierto , así lo creo ; pero muchos de ellos no repararán acaso que en un rinconcillo de su fantasia está fixada la imágen de un agravio , que una de las partes hizo muchos años ha , ó al Juez mismo , ó á un pariente , y paguado suyo ; ó acaso no harán alto , ó no repararán que allá en los adentros de su corazon se reserva , y anima un cierto deseo , de que una de las partes mas bien que la otra quede victoriosa en esta causa ; ó no advertirán que su genio es cortés , é indulgente hácia los regalos , á que ayuda no poco el saber que uno de los litigantes es poderoso , y suele picarse mucho de liberal , y bizarro . Ni será su último pensamiento la recomendacion de un tal fulano , ó de una tal fulana , ó una precision secreta de no disgustar á un poderoso ; esto es , á qualquiera persona que en alguna ocasion pueda detener , ó adelantar los interesados ascendos del Juez . Ved aquí que insensiblemente se mueve este muelle , y hace que el Juez se incline mas con el afecto á la una que á la otra parte , y de consiguiente que las razones de aquella á que el Juez se inclina aparezcan mas fuertes , y eficaces que las de la otra . Se dará últimamente la sentencia del pleyto ; y pregunta , ¿ quien la habrá dictado . Por lo comun (creámoslo así piadosamente) serán las pruebas mas convincentes ; y la persuasion de ser mas eficaces las razones de esta parte ; pe-

ro podrá tal vez haber inclinado la balanza el peso de aquel granito , añadido sin reflexion , por la mal conocida pasion del Juez. ¡O! y quien pudiera descubrir todas las ruedas que mueven los cerebros de los Jueces, quando se declaran en favor de esta parte mas bien que de la otra en las sentencias que ocurren cada dia. Gritaria, y diria á voces : ¡Ah pobre justicia , y como te tratan los hombres, porque son hombres los Jueces! Ademas de la esabrosidad de ciertas materias, en que verdaderamente se confunde , y atolondra el humano juicio , pueden concurrir muchas , y varias cosas á formar , y declarar una sentencia : la ignorancia , y poco discernimiento de algunos : la desatencion , y sofistería de otros : la obstinacion , y soberbia de permanecer constante , y fijo en el dictámen , ó juicio que se formó el primero , sin admitir otras razones mas convincentes , y eficaces , acaso por no perder el concepto de hombre grande si se admiten , como si la docilidad no fuera una virtud apreciable : algunas veces el que se llama crédito , otras la amistad , el descredito , ó el desprecio de un Abogado , la demasiada solicitud , ó el descuido de un Procurador , la emulacion de un Conjuez , y otras máquinas semejantes , que obran secreta , y malignamente en el corazon del que hace el oficio de Juez : todas , como arriba dexamos insinuado , ó juntas , ó separadas , pueden concurrir á formar , y declarar una sentencia , de manera , que á los litigantes puede decirseles oportunamente lo que decia aquel Médico , que tenia un gran manejo de recetas , y dexando al enfermo la primera que salia , añadia con gracia : *Dios te la depare buena*. Esto lo advertimos de hecho en la materia que tratamos , al ver que una misma causa , puesta en manos de Jueces diversos , sufre varias , y aun contrarias sentencias ; y con todo eso , cada uno de los Jueces se cree que para sentenciarla , habrá tenido delante de sus ojos á Dios , y á su propia conciencia. Lo peor de todo viene á ser , que estos influxos , ó impulsos interiores , son tan delicados , y sutiles , que aunque se

manifiesten por los efectos , no suelen sentir sus golpes aun los mas diestros , y avisados : fuera de que la necesidad , y la precipitacion son causa muchas veces de que se engañen en sus juicios los hombres. Con gran fundamento de verdad se suele decir : *Que el ausente no tiene la razon de su parte ; y que es de peor condicion el que está mas lejos*. Dándose á entender con estos modos de decir , y significándose claramente la injusta facilidad de los mortales en dar la razon al primero que llega á exponer sus quejas , sin esperar , suspendiendo el juicio , como se debia , ni reservar siquiera uno de los oidos para escuchar , y atender al que no ha podido reproducir , ni aun manifestar las razones para su justificacion. Gran cuidado deberia tenerse en los Tribunales de los Príncipes , y Señores , para no dar crédito sobre la marcha á las relaciones primeras en muchos , y diversos casos. Pero volviendo á las pasioncillas , de que no están libres ni los mas astutos , ni los mejores , si ellas tienen tanta fuerza , y poder para enturbiar , y obscurecer nuestros juicios , y sacarnos fuera del vallado , ¿ quanto mayor será el de aquellas ardientes pasiones , que son señoras de nuestro corazon , y de nuestro ánimo sin rebazo alguno? Por este motivo dan todos los sabios un consejo , que deberíamos tener escrito en nuestros corazones con caracteres indelebles : este es , que el hombre encolerizado no debe tomar resolucion en negocio alguno ; porque como decia un sabio : *Los buenos consejos no son hijos de la ira , y de la priesa ; y el que vence la cólera , logra victoria de un grande enemigo de su casa*. De otro modo seria cosa muy fácil , que esta pasion tan ciega , y turbulenta nos precipite , y haga incurrir en graves errores , y cause daños deplorables. *La ley* (decian nuestros antiguos) *ve al hombre quando está airado , y enfurecido , pero el hombre en esta disposicion no ve la Ley*. Por tanto es cosa muy necesaria el tomarse tiempo , y no partir de carrera , dexando que desfogue aquel ardor del cuerpo , y del ánimo ántes de resolverse á poner en execucion al-

gun proyecto: cosa es muy útil, y aun necesaria el aprender á corregir, y contener las manos, y la lengua; y si para esto no bastase un solo día, esperar aunque sean muchas semanas; de manera, que nuestra alma con toda paz, y quietud medite la determinacion que quiere tomar, sin que en ella tenga parte la pasion desahogada, y toda sea efecto de la razon honesta, y justa. A un esclavo, que merecia ser castigado, dixo su amo Sócrates: *To te castigaria al punto, si no estuviera enfadado*. Por tanto, el que no tuviese presente esta importante máxima, no se queje si al obrar airado impetuosamente se siguiesen castigos, afanes, y arrepentimientos inútiles. Ni solamente conviene portarse de esta manera con la pasion de la ira; debemos hacer lo mismo en qualquiera perturbacion del ánimo, diciéndonos á nosotros mismos ántes de emprender qualquiera accion: me resuelvo á hacer esto, porque me incita la envidia, porque los zelos me provocan, porque un grande miedo, un excesivo amor propio, ó un fiero apetito de venganza me espolean, ó porque un amor deshonesto, ú otros consejeros internos semejantes me lo persuaden. Y quando la accion por sí, y en sí misma nos parezca perversa, impropia, y de tal casta, que nosotros mismos, libres, y desapasionados, la tendríamos, y juzgaríamos por mala en otros: al punto conoceremos que no es la razon, sino la pasion dominante la que la propone, y sugiere: si la accion fuese indiferente, ó buena en sí misma, aun debe la razon pesar, y considerar sus circunstancias, y sus conseqüencias; pues aunque la accion sea buena en sí, puede dexar de serlo, ó por la circunstancia del tiempo en que se hace, ó de las personas que allí se encuentran, ó del lugar en que se executa. Es verdad que quando sucede algun imprevisto, y quando hay necesidad de obrar apresuradamente, no puede nuestro entendimiento prevenirlo, y prevenirlo todo, y si entoaes yerra tiene alguna justa excusa. Pero aquí se habla de aquellas acciones que dan tiempo, y lugar á la reflexion, ó de

aquellas que á la primera ojeada puede la razon calificarlas de malas, ó buenas. Ni debemos persuadirnos á que podemos desterrar de nosotros toda pasion, ó apetito. Lo que intento persuadir, y debemos desear es únicamente que la razon sea superior, y dé la ley á los apetitos, y pasiones, de modo, que ni el amor, ni el odio, ni el deseo de la hacienda, ni la ambicion de honras, y dignidades, ni otros apetitos desordenados, y violentas pasiones, quieran señorearse de nosotros, y atropellando, y confundiendo la voz de la razon, nos arrastren, é inciten á executar acciones de donde se nos siga infamia, daños, y remordimientos de conciencia.

PARA que logremos ser dueños de nuestras pasiones, y apetitos, es un medio de los mas conducentes, y eficaces el sanar nuestras enfermizas opiniones. Si logramos esto, hemos adelantado mucho, y conseguido grandes ventajas en la ciencia de la verdadera Filosofía, y en el arte utilísimo de tranquilizar nuestros ánimos. Criamos, y alimentamos dentro de nuestro entendimiento muchas opiniones falsas, y muchas mas vanisimas. Si estas se desterrasen del cerebro de los hombres, si cesasen tantos deseos extravagantes, que nacen de estas opiniones, y tantas esperanzas fundadas sobre vanas ideas, que solo sirven de atormentar al hombre, muchos acaso quedarían melancólicos, y mal satisfechos de sí mismos. El hombre sabio busca, y ama esta medicina. Sobre este punto debemos observar atentamente, que hay tres diferencias, ó suertes de bienes, y de males. Los primeros son verdaderamente tales por su naturaleza, y no dependen de nuestra opinion en la menor cosa. La tranquilidad del ánimo, cuyo nombre hemos repetido tantas veces, una competente sanidad del cuerpo, y el espíritu, ó entendimiento, todo el hermoso batallon de las virtudes, una buena conciencia, libre de toda grave culpa,

un Príncipe recto, que sea padre de sus vassallos, un amigo fiel, y constante; una muger prudente, y otros muchos regalos, que nos franquea nuestro buen Dios, son bienes todos, y cada uno en su género verdaderos, y preciosísimos, sin que dependan de nuestra opinion para serlo. Al contrario todos los vicios, y pecados son males verdaderos: todos los dolores, y enfermedades del cuerpo, la pérdida de la salud, el carecer de lo necesario para vivir, las calumnias de alguna consecuencia, la opresion de los pobres inocentes, la infamia, y otras semejantes miserias, que vemos en el mundo cada dia. La segunda suerte de bienes, y de males es aquella que parte se funda en la verdad, y realidad, y parte en la opinion de los hombres, ó imaginacion de los mortales. No puede negarse que estos bienes concurren, ó contribuyen á darnos gusto, y placer, y aun á constituir aquella felicidad tan buscada como deseada; pero á esta verdad se junta la opinion, que es la que nos hace juzgar, ó imaginar que son necesarios para conseguir esta felicidad, y de consiguiente que tengamos por infelices á los que no tienen estos bienes. Entran á componer esta especie, ó suerte de bienes la abundancia de riquezas, las altas dignidades, el mandar á otros, la pomposa gloria, la nobleza, y otras muchas comodidades, y adornos de la vida humana, y civil, la hermosura, &c. Los males que corresponden á estos bienes vienen á ser lo mismo que la privacion de todos ellos. La tercera suerte se compone de bienes, y males, en los que nada influye la verdad, y solamente se fundan en la opinion, ó imaginacion. Quáles sean estos, lo diremos un poco mas abaxo. Ahora, por lo que pertenece á los bienes, y males verdaderos, que no dependen de nuestra opinion, es necesario saberlos distinguir, porque los bienes mencionados unos son necesarios, y de otros no tenemos necesidad en este mundo. Unos bienes, como tambien los males podemos conseguir, ó está en nuestra mano el tenerlos, ó dexarlos, y no tenemos

mos arbitrio para conseguir, ó dexar de tener otros. Quando el bien nos es necesario, y está en nuestra mano el conseguirlo, que deberemos hacer, sino afanarnos, y trabajar hasta lograr su posesion? La buena conciencia, y la práctica de las virtudes depende sin duda de nuestra voluntad, á la qual siempre socorre con sus auxilios aquel benignísimo, y poderoso Señor, que es el autor de todo el bien. Pero si podemos pasar esta vida pacíficamente sin alguno, ó algunos de estos bienes, ¿á que fin el afanarnos, y trabajar tanto para conseguirlos? Por lo que toca á los verdaderos males, podemos ciertamente librarnos, ó no dexánderlos llegar á nosotros, ó sacudiéndolos despues que hayan llegado. A nuestra floxedad, y pereza debemos echar la culpa si alguno de estos males nos afligen, y atormentan. Pero quando son de aquellos males, que ni podemos impedir el que vengan sobre nosotros, ni despedirlos quando han venido, entonces el hombre sabio, y prudente se consuela con saber que no es culpable en padecer aquel mal, y al punto conoce que el Altísimo Dios envia, ó permite en el mundo semejantes males por los ocultos fines de su Providencia, é infinita Sabiduría, y con verdadera humildad, y obsequiosa veneracion adora rendido la determinacion de su santísima voluntad: así debe hacerlo todo siervo fiel, que quiere cumplir con su obligacion, y mucho mas quando sabe que su amo es infinitamente sabio, y bueno. La pobreza misma, las desgracias, las enfermedades del cuerpo, y las humillaciones, que muchas veces nos atribulan, y afligen, eran á nosotros muy útiles, y necesarias para apartarnos de los deleytes, y gustos terrenos, y del demasiado amor de las cosas del mundo, para librarnos de tentaciones molestas, para quebrantar, y confundir nuestra soberbia orgullosa, y limpiar nuestro ánimo de pasiones rebeldes, y desordenadas. Y últimamente, considerando el sabio que todos estos males tolerados con christiana paciencia, dan fruto copioso para la eterna vida, hace muy bien en esforzarse, y consolarse

se en las aflicciones que causan estos males; y mas quando sabe que las desgracias no suelen durar siempre en esta vida, y que pueden durar poco, y aun quando la acompañen hasta el sepulcro.

Hablando ahora de los bienes de la segunda suerte, ó clase, aquí puede el sabio Filósofo, y el hombre prudente avizorar, y aguzar la vista intelectual para curar las opiniones de su imaginación, ó las imaginaciones de su opinion. No puede negarse (y lo he confesado varias veces) que considerados en sí mismos los bienes que llamamos de fortuna, son bienes verdaderos, y reales, como lo son las honras, las dignidades, los altos empleos, las dilatadas posesiones, los muchos criados, los Palacios magníficos, &c. porque todos estos, y otros muchos pueden contribuir á nuestros deleites, placeres, y comodidades, y á que logremos una vida descansada, y regalada. Pero debe advertirse al mismo tiempo, que el mayor valor, y precio de estos bienes se da la opinion, ó imaginación de los hombres. Ved aquí una que vale por todas: sin ese pomposo esplendor de bienes á que parece están vinculados los placeres, el descanso, y la comodidad, puede cada uno de los hombres ser feliz; porque careciendo de todos estos, puede conseguir la tranquilidad, y quietud de su ánimo, que es la felicidad verdadera del hombre mientras vive en este mundo. Será, pues, una grosera necedad el afligirse, y entristecerse por la falta de estos bienes, y el consumir, y roer continuamente su corazón con los ardientes, pero inútiles deseos de conseguirlos. El hombre juicioso, y prudente, que busca la felicidad, no la busca, cierto, por el camino de afanosos deseos, desasosiegos, é inquietudes; que mas bien hacen á los hombres que sean verdaderamente infelices. Aquí se debe tener en la memoria aquella máxima tan familiar, y repetida de los Fi-

lósofos antiguos: que la naturaleza se contenta con poco, y la respuesta que dió Sócrates, quando preguntado quien creía que entre los hombres era el mas rico, respondió: el que se contenta con poco. Y á la verdad no se necesita mucho para saciar nuestra hambre, y nuestra sed: lo demas es superfluo, es opinion, y acaso tambien gula. Un vestido competente, que cubra nuestra desnudez, y defienda de las injurias del tiempo, nos debe bastar; lo demas es vanidad, y opinion. En un estrecho aposento puede encontrarse alojamiento, y reposo, sin tener necesidad de grandes Palacios. Pero por lo comun encanta, y lleva tras sí á la fantasía humana el resplandor del oro, y las riquezas, los elevados empleos, y las dignidades honoríficas. El que nada de esto tiene, emplea todos sus deseos, y se desvive para lograrlos: el que se halla en posesion suspira, y anhela para tener mas, y mas. Grande impresion hace en la fantasía del hombre la pompa, y fausto que traen consigo las riquezas, y las altas dignidades. Nos parece que al que llegó á conseguirlas, nada le falte, y que desterrados los contentos, alegrías, y placeres de las casas de los pobres, solo se encuentran como en su centro en los Palacios, y casas de los ricos, y poderosos. Pero aquí es necesario manejar el peso mas justo, y fiel. Primeramente el hombre sabio no ignora que es forzoso el que siempre haya pobres en este mundo: esto es muy conveniente para el buen orden, al qual se acomoda el prudente con humildad, y fortaleza; y el que es piadoso conoce que no debemos oponernos, ni resistir á esta disposición por serlo de aquel Señor infinitamente poderoso, y sabio, que hizo, y gobierna el mundo. No habria en él oficios mecánicos, ni artes, si no hubiera pobres; y quien intentase desterrar la miseria, pobreza, y necesidad de este mundo, veria muy presto á todo el género humano apoltronado, ó loco. Ademas de esto considera el hombre sabio con atencion quanto afan, y trabajo cuesta el acumular riquezas, y juntar hacienda, quantos cuidados para mantenerla, y con-

conservarla, y á cuántos contratiempos, y desgracias está expuesto el que guarda tesoros, tiene grandes posesiones, y negocia en interesados comercios. En la casa de los ricos no tiene entrada la miseria; pero podrá tenerla en lo interior de sus corazones, siempre que á la riqueza no acompañen las virtudes. Será hermoso, y apacible todo quanto aparece por defuera, porque todo indica placeres, magnificencias, alegrías; pero si pudieses registrar lo que hay dentro de sus dueños, hallarías acaso todo lo contrario; esto es, ambiciosos, y malcontentos deseos, temores continuos, remordimientos rabiosos, crueles arrepentimientos. Aquellos empleos, y oficios tan honoríficos, y lucidos, aquellas dignidades tan respetables, y sublimes si quisieran confesar la verdad los que las gozan, dirían que se hallan empedradas de millares de impaciencias, y zozobras, y de agudas penetrantes espinas, que las hacen mas insufribles que todos los trabajos, y miserias que padecen los pobres. De hecho, si bien lo miramos, encontráremos que jamas tienen sosiego, ni descanso. Esclavos de los Soberanos, y siervos del público, han perdido su libertad, sufriendo trabajos, y penas en lo interior de sus almas: viven mas mortificados que el mas observante Religioso, temerosos siempre, siempre asustados; y aunque conozcan, y deseen la quietud, y paz que la vida privada trae consigo, con todo eso se reputarán por desgraciados, siempre que se vean depuestos. Aun hay mas en el asunto, porque no están libres de estas trabajosas pensiones los Tronos, y Coronas de los mismos Reyes. Quanto mas se cria el hombre entre delicias de sedas, y cambrayes, otro tanto mas delicado es quando crece; y por esto mismo le son mas sensibles, é insufribles los trabajos, y penalidades, aunque sean muy leves. Pero los hombres somos hechos de tal modo, que ni la práctica, y experiencia del mundo, ni las mas bien fundadas reflexiones, que nos hacen como de bulto estas verdades, bastarán para nues-
tro desengaño; y serán muy pocos lo que con todo es-

to

to dexen de mirar con envidia los altos puestos, las dignidades, y riquezas: ni acaso se hallará alguno que tal qual vez dexé de enviar algun deseo hácia estas apariencias de la grandeza humana, y acaso cargaria de muy buena gana con estos bienes, con la sobrecarga de sus molestas pensiones.

§. VII.

NO incurrirá en este defecto un Filosofo sabio, porque sabe distinguir en estos magestuosos bienes lo que es substancia, y lo que es apariencia, lo que es verdad de lo que es opinion. Por tanto discurre, y concluye (como lo debe hacer qualquiera que no puede adquirir riquezas, y quiere juzgar rectamente de las cosas), que ni el poder, ni la fortuna, ni las altas dignidades son las cosas que contentan, y alegran el corazon del hombre. Aquel solamente puede llamarse rico riquísimo, que se contenta con lo que tiene, aunque sea poco. La manera mas segura para ser ricos es la de saber contener, y refrenar los propios deseos; esto es, el mas rico entre los poderosos es aquel que tiene libre, y desocupado de deseos su corazon, y usa de aquel remedio, y medicina admirable para tener sujetas, y domadas sus pasiones. *Quis dives? Qui nihil cupiat. Quis pauper? Avarus.* Aquel es rico que nada desea. Solo es pobre el avariento, dixo discretamente Ausonio. Con tal que no falte al hombre lo que pide, y es necesario para sustentar la naturaleza, que es bien poco, por lo demas, ni la pobreza, ni el estado humilde, y popular no hacen al hombre miserable, ni infeliz. Lo mejor de la vida, lo mas apreciable, y precioso consiste, sin duda, en la tranquilidad del ánimo. Puede ser, y suele ser así, que esté mas alegre, y contento un buen Religioso Capuchino, que quantos Reyes del mundo ocupan magníficos Palacios. Aquel, si algun deseo inquieto quiere perturbar su quietud interna, echa mano á las armas de la mejor Filosofía,

fia,

fia, y animosamente no le permite arrimarse á la puerta de su corazón; ó si por algun leve descuido se ha entrado, le hace salir á buen paso, y bien presto: si á su celda se llega, y quiere entrar alguna turbulenta pasión, tiene preparadas las armas para hacerla huir. Ni debemos creer que el privilegio de estar alegres, y contentos es privativo de solo los ricos, y poderosos, como ya nos lo dixo Horacio: *Nam neque divitibus contingunt gaudia solis*. Tambien el Pueblo mediano, y aun el baxo tienen sus horas de solaz, y alegría, y acaso mas completa, y gustosa que la que gozan los ricos, y poderosos Príncipes en sus ostentosas diversiones. Es verdad que el pobre no tiene jardines deliciosos, ni anchurosas casas en el campo; pero tiene al jardinero, y al mayoral, que las cultivan, y trabajan juntamente con él. El industrioso, y aplicado artesano tiene en su oficio una posesion, ó un término sin coto. Si los pobres carecen de viandas regaladas, y bien compuestas, tienen por lo comun un buen apetito, que es el condimento mas precioso, y sabe que para ninguna cosa tiene necesidad de salsa, y que á la hambre buena nunca faltó maestro de cocina. Bien está todo eso, me direis; pero á buena cuenta estos no pasean en carrozas doradas, no van cubiertos sus vestidos de ricas bordaduras, carecen de jardines deliciosos, de palacios magníficos, suntuosamente alhajados, no les acompaña una lucida tropa de pages, de camareros, y gentiles hombres; pero ni tampoco tienen necesidad de nada de esto, porque andan por su pie, donde, y como quieren, sin que los lleven, ni los acompañen á todas partes tantos criados, que algunas veces mas que de alivio suelen servir de accharlo todo, que es un peso muy molesto. Va tambien el pobre al paseo, y ve, y contempla las soberbias carrozas, las doradas sillas, los anchos, y cómodos forlones, los elegantes, y ayrosos cupees: mira una, y muchas veces como giran los tesoros portátiles en los galoneados vestidos de los hombres, y en las galas, y joyas de las mugeres;

y

y despues que todo lo ha registrado á su gusto, dice dentro de su corazón. O! quantos gastos excesivos hacen estos para dar gusto, y placer á mis ojos! Ellos se fatigan, y sudan llevando acuestas aquellos vestidos bordados, y galoneados, que pesan tanto, y yo soy el que viéndolos me recreo. Diógenes Cínico, quando iba á comerse su pan al pórtico del Templo de Júpiter, como un pobre medicante, daba muchas gracias á los Atenienses, porque le habian fabricado un palacio tan suntuoso, donde pudiese él comer con quietud, y descanso. Algunos otros hombres, nacidos, y criados civilmente, pero que viven retirados en sus casas de campo, donde no tienen cosas superfluas, pero sí lo bastante para pasar la vida con decencia, manteniendo con ella su familia, y personas, pueden, si quieren, no envidiar las magnificencias de las Ciudades mas populosas. Las tapicerías, y los regalos, se los franquea en la campaña la misma naturaleza, ya en los frondosos, y agigantados árboles, ya en los verdes prados, y huertas; ya finalmente en los esquilmos, y frutos de sus ganados, y domésticas aves, todo lo qual los satisface, y puede contener los deseos inútiles de tener lo que gozan los poderosos, y grandes. Hállanse aquellos (no se puede negar) en desierto, y despoblado; pero este retiro, esta vida solitaria es mucho mas apeteçible, por estar sazónada de una paz, y quietud envidiable, por estar libre de murmuraciones, que inquietan, noticias tristes, que desazonan, apartada de muchos peligros, vicios, y desórdenes, de que abundan los grandes Pueblos, y numerosas Ciudades. Así lo juzgaba Horacio, y así lo juzgan otros muchos. La dificultad mayor consiste en que nos acomodemos á este modo de pensar; porque en este caso llegaremos á conocer claramente, que es hombre de juicio el que se contenta con poco: es verdad que son pocos los que conocen, y gozan de este privilegio, porque comunmente concebimos los hombres una grande felicidad en la posesion de ciertos bienes, los quales, si

Tom. II.

M

bien

bien se consideran, no son tan apetecibles, y buenos en sí, que el no tenerlos deba tener inquieto nuestro corazón. Bien sé yo que es sermón perdido el que intenta persuadir á muchos, que se contenten con su propio estado, y que no deseen el amontonar riquezas, y guardar tesoros; porque estas son ciertamente el medio mas seguro para conseguir gustos, satisfacciones, y comodidades, que no pueden alcanzarse; ni gozar los pobres. Pero siempre será verdad, que el hombre sabio, y prudente, aunque pobre, no siendo extremada su pobreza, si sabe aprovecharse de un bien fundado raciocinio, logrará el tener su ánimo quieto, y sosegado, y de consiguiente no deberá reputarse por infeliz, quando consigue tan apreciable felicidad. Finalmente, nunca he negado que no puedan apetecerse lícitamente las riquezas: solo digo, que el inquietarse, y afanarse para conseguir las, es una locura desatinada, porque uniéndose á la pobreza estos afanosos cuidados, y desvelos, hacen sin duda que sea mas molesta, y gravosa. No está en nuestra mano el ser ricos, pero lo está ciertamente el que las riquezas, que vanamente deseamos, y no conseguimos, no nos inquieten el ánimo con inútiles deseos.

§. VIII.

AUN hay mas que decir: incurrimos frecuentemente en otra lastimosa necesidad, porque no sabemos estimar los bienes, que en este mundo nos ha dado la liberal mano de Dios; y el dominio, y posesión de ellos hace muy poca impresión en nuestros ánimos. Al contrario, nuestros ojos, nuestras reflexiones, y acaso nuestros deseos, todos corren, y se encaminan ácia los bienes que otros gozan: estos nos parece que son felices, y que los trata bien la Providencia que gobierna esta visible máquina. Publio Mimo hizo tambien esta observacion muchos siglos há con decir: *Aliena nobis, nostra plus aliis placet.*

Siendo nuestro el bien mayor, reputamos por mas bueno, y mas grande el bien ageno, aun quando sea menor.

Todo lo contrario hace el hombre prudente. No se embaraza en pensar, ni considerar los bienes que otro goza, y que él no puede lograr, en esta vida; solamente tiene su cuidado, y pensamiento en los pocos, ó muchos bienes que Dios le ha dado: de estos goza, y está contento con ellos, pareciéndole que no merecia tanto. Serían sin duda gravosos males para nosotros los bienes que otros gozan, quando la consideracion de que no son nuestros, sirviese únicamente para inquietarnos. Es necesario poner gran cuidado en esta loca costumbre, y refrenarla para que no pase adelante; porque nuestro desordenado amor propio, no solamente nos lleva á admirar, y considerar al que tiene mas abundancia de riquezas, de dignidades, y comodidades en el mundo que nosotros; y comparándonos con ellos, esta comparacion nos hace creer que somos miserables, y dignos de compasion: mas de aquí nos pasamos casi insensiblemente á la envidia, pasion de una naturaleza, y temple muy distinto del de las otras pasiones, porque estas, quando estan domadas, y arregladas suficientemente, pueden servir para conseguir, y sostener las otras virtudes; pero la envidia por su maligna naturaleza, siempre es contraria, y tiene declarada oposicion con todo género de virtud: es tambien sorda, y atormenta feramente á quien la sustenta. No quiero dexar de decir que este pestifero veneno se halla esparcido por todo el mundo con mayor extension de la que pensamos. Aquel tanto hablar mal, no solo de los iguales, pero aun de los mayores; aquel buscar en sus operaciones como con un microscopio los mas leves defectos, añadiendo muchos de su propia invencion: todo esto no procede, ni de buen zelo, ni de la virtud de la caridad: procede sin duda de una envidia venenosa, llevando nosotros muy á mal que aquel,

ó aquellos tales gocen, y posean muchas riquezas, y comodidades, aquellos empleos en que ganan tanto, aquellas dignidades que los distinguen de los otros: nos pesa, y da pena el ver que todos los honran, y estiman, que los acompañe siempre la buena fama, y el buen nombre, que se hallen dotados de un singular ingenio, de una constante prudencia, de un modesto desembarazo, y de otras apetecibles gracias, concedidas liberalmente por su propia naturaleza, ó adquiridas, y aumentadas por su propia industria. Ofende, y hiere nuestra vista el bien que otros gozan, y que á nosotros falta, porque juzgamos que el que lo goza nos los ha robado, porque creemos que era debido á nuestro mérito. Siendo como somos soberbios, y altaneros, no quisiéramos que ninguno fuese delante de nosotros. ¿Por ventura (así nos habla interiormente el lisonjero afecto de la envidia) no serémos nosotros tanto, y aun mucho mas que ellos? ¿Quién lo duda? Pero no advertimos la loca malignidad de esta exécrable pasión, la qual aborrece el bien ajeno, sin sacar provecho alguno de este aborrecimiento; porque con él no se minoran, ni disminuye la felicidad ajena, y no se le aumenta al envidioso la suya propia, que, ó no la tiene en la realidad, ó juzga que no la tiene, cansándose en vano sus deseos en procurar quitársela á su próximo, no quedándole otra cosa á la envidia, que aquella polilla cruel, que incessantemente roe, y hace un grande estrago en el corazón del envidioso. Pero el que desea, y quiere obrar sabia, y prudentemente, en vez de perder los ojos, avizorando los bienes de los mas poderosos, y felices, los vuelve á tantos pobres, y miserables, á tantos enfermos, y afligidos, á tantos abatidos, y desventurados, que nos ofrece cada día este mundo, patria, y albergue de miserias, y trabajos; y con el compas mismo con que mide la trabajosa situación, y estado de estos desgraciados, mide también el suyo propio. Venga aquí ahora la señora envidia, que yo le doy licencia para que se asome á registrar esta

escena lastimosa: quejese, si puede hacerlo justamente, de su mala fortuna, y hallará, y admirará la bondad, y clemencia con que lo trata la Providencia Divina, mientras no le falta el precioso regalo de la salud, que es el mas apetecible, ni otros bienes necesarios, y útiles para pasar la vida presente. Ninguno (dice Séneca) es infeliz, y desdichado, si no se compara con otro. *Nemo miser, nisi comparatus*. Uno de los secretos mas específicos para hacer callar á nuestro amor propio, es el mortificarle discretamente en tales ocasiones, obligándole á que considere, y mire con atención, y cuidado á los que están mas baxos, y menos bien, ó mas mal que nosotros. Por esto decian nuestros antiguos, queriendo significar esto mismo: *Si quieres vivir contento, y triunfante, mírate por detrás, no por delante*.

En suma, para llegar al deseado término de la tranquilidad, y sosiego del ánimo, no se requiere otra cosa por lo comun, que el contener, y refrenar los deseos de nuestro corazón, curar las enfermedades de nuestras propias opiniones, acostumbrarse á estar contento con lo poco, á cortar de raíz aquellos ambiciosos deseos, y desarregladas pasiones, que arrastran el corazón del hombre á las riquezas, honores, y dignidades; teniendo presente entre otros muchos que ya quedan insinuados, aquel sabio consejo de Publio Mimo: *Eget minus mortalís, quo minus cupit*.

Quanto menos desees, tendrás en la realidad mas poca necesidad.

En una palabra, debe reputarse por dichoso, y favorecido de la Divina Providencia aquel que ademas de una conciencia pura, y libre de todo vicio, logra con buena salud una perfecta libertad, y tiene lo que le basta para cubrirse, y sustentar la vida. Todo lo demas por

lo que toca á estos bienes sensibles, ordinariamente consiste en opiniones; porque sin ellos podemos muy bien pasar esta breve vida; y llegar al término de la felicidad, que podemos lograr en este mundo, qual es la quietud, y tranquilidad del ánimo, como tantas veces dexamos dicho. Nos engañamos miserablemente creyendo que para ser felices en esta vida, es absolutamente necesario aquello que no lo es en la realidad; según la recta razon. Entre tanto si queremos hacer un atento exámen de nosotros mismos, halláremos, y aun tocarémos como con la mano, que el origen, y principio de todas las inquietudes, y tempestades que agitan, y conturban nuestro ánimo, todas, todas proceden de que no estamos contentos con el papel, y figura que por suerte nos ha tocado representar en la comedia de este mundo. Serános, pues, muy provechoso, si esta consideracion nos sirve para buscar con mayor ansia, y sollicitud el Reyno de los Cielos, donde algun día cesarán nuestras congojas, y tendrán dichoso fin nuestras ansias. Pero nosotros en vez de estimar en mucho el estado en que Dios nos ha puesto, en vez de reconocer la preciosidad de los bienes, que gozamos, y con los que el Señor ha querido enriquecernos, y distinguírnos de otros hombres mas miserables que nosotros, anhelamos, y suspiramos angustiados, y afanosos para buscar otro mejor hospedage en este mundo; y despues de conseguido este, nos espolea la codicia de buscar otro mas adornado, y magnifico; y de esta manera, baxo el falso supuesto de buscar la paz, y quietud de nuestro corazon, nos hallamos en una guerra continuada, y cruel, que aumenta cada día mas, y mas nuestra congoja, y affliccion. Consejeros necios de nosotros mismos, é ingratisimos muchas veces á nuestro Dios, no reconociendo los beneficios que debemos á su Magestad; y acaso nos enojáremos contra el Señor, si despues que nos ha hecho noventa y nueve beneficios, nos negase el uno que falta para ciento. ¿Y quién nos librárá de la nota de presuntuosos, y vanos, al ver que nos quejamos del

estado, y situacion en que nos ha puesto Dios, y que deseamos con impaciencia otra mas de nuestro gusto, y mas ventajosa? ¿Por ventura toca al amo el hacer lo que quiere su siervo, ó á este el conformarse con lo que manda el amo? Registremos ahora las muchas súplicas que dirigimos al Tribunal de la Piedad Divina: todas, ó las mas de ellas se enderezan únicamente á pedir bienes temporales, que por lo comun son dañosos á quien los pide. ¿Quando se oye jamas que alguno enderece su peticion á Dios, suplicándole le dé gracia para no quejarse, quando su Magestad disponga el quitarle los bienes que goza en esta vida? ¿Quando se pide al Señor aquel auxilio para no desear aquello que tanto desean algunos, teniendo inquieto su corazon con estos deseos?

S. X.

Intiérese de todo esto, que el sabio emplea, ó debe emplear todo su esfuerzo en persuadir, y mandar á su ánimo, que se contente con lo que tiene, sin afanarse, ni martirizarse para lograr lo que no tiene. Ha hecho sin duda un grande progreso en el curso de la Filosofia Moral el que se halla quieto, y contento con su propio estado, desempeñando con quietud, y sosiego el papel, y personage, que en la farsa, ó comedia de esta vida le ha encargado la Divina Providencia. No se atreverá á ponerse delante, ni á causarle pena el semblante espantoso de la envidia. Bien es verdad, que en el corazon del hombre sabio anidan algunos deseos, aunque siempre lícitos de adelantarse, y lograr algunas ventajas en el territorio, y reyno, que llaman de la fortuna, y da aquellos pasos que dicta la prudencia ser necesarios para estos adelantamientos; pero sin permitir jamas que su corazon pierda el equilibrio de su paz, y quietud. Vale mas, y estimo yo mas este tesoro de la tranquilidad que yo gozo (dice el Sabio á sí propio), que todo el oro que hay en el mundo; y por tanto, quando

procura adelantar sus propios intereses, y fortuna (lo que no está prohibido, ni desdice á qualquiera persona), de tal modo entra en esta carrera, que ni lo procura con destemplado ardor, ni lo desea con ansia, ni se resiente con amargura si no consigue lo que desea. Aun quando las desgracias públicas, ó privadas le hagan perder parte de lo que tiene, manda á su corazón con imperio, que no se altere, ni resienta poco, ni mucho; métese dentro de sí propio, y se acomoda á lo que da de sí el tiempo que corre, esperando que el futuro sea mas favorable. Hay algunos de humor melancólico, que olvidándose presto del bien pasado, no gozan del presente, abstraídos, y pensativos en considerar las desgracias, y males que corren actualmente, y acaso extienden su consideracion á las que vendran: flaqueza por cierto indigna de un hombre sabio. ¿No bastan los males, que nos rodean, y afligen, sin andar á buscar otros, que no han venido aun, y que acaso jamas vendrán? Efectos son estos de temperamentos saturninos, é hipocondríacos, no de hombres prudentes, y discretos. El mundo de muchos siglos á esta parte, ó por mejor decir desde sus primeros años anda coxeando. Gran juicio tiene el que no pudiendo remediarlo, le dexa andar del mismo modo, sin quejarse continuamente, y sin temer cada dia que se caiga, y le coja debaxo. No hay gobierno alguno en que no se hallen defectos. Pero pregunto ahora, ¿quién lo acierta mejor, el que va continuamente con su imaginacion como con un microscopio buscando, y exagerando los engaños del mundo, martirizándose al mismo tiempo á sí propio; ó aquel otro que plácidamente mira, y sufre estos desórdenes, bien persuadido á que jamas faltarán defectos, ni pecados, mientras haya hombres en el mundo?

§. XI.

PERO aquí es necesario repetir una leccion, que se ha dicho muchas veces, y que siempre es muy util: con-

viene á saber, que no basta el haber aprendido, y aun practicado una vez sola las verdaderas, y substanciales máximas de la Filosofía para lograr, y poseer la paz, y tranquilidad del corazón. Mucho menos deben persuadirse á esto los jóvenes, en quienes están mas briosos, y fuertes los apetitos, y pasiones. Es necesario mucho tiempo, repetidas pruebas, y no poco trabajo para poder conseguir este imperio nobilísimo, y utilísimo sobre sí propios. Poco he dicho: es necesario traer de quando en quando á la memoria aquellos documentos, y máximas, que se han aprendido, y hacer cuenta que mientras durare la vida, ha de durar la guerra. Por mas que el cuidadoso Labrador siegue, y corte las malas yerbas, no dexan de brotar otras nuevas: de la misma manera, cortado un desco, sosegada que sea una pasion desordenada, al punto saca otra la cabeza, por lo que conviene limpiar el terreno de quando en quando. Por esto debe estar siempre con espada en mano la virtud de la mortificacion, semejante en este cuidado, y vigilancia á la virtud de la prudencia, de cuyo auxilio, y socorro tenemos necesidad cada momento. A la virtud pertenece ordenar nuestro amor propio, que es el mineral de nuestras pasiones, y deseos. Lo primero con hacernos saber, y experimentar que lo mejor para nosotros, y lo que mas nos aprovecha es el poner nuestro corazón en perfecta calma (cosa que no hemos aprendido hasta ahora): despues hemos de acostumbrarnos á mandar absolutamente á nuestros porfiados deseos, é inquietos afectos que caullen, y se sosieguen, y quando no obedezcan, que desocupen la posada. Para salir despues con victoria en la batalla, nos hará mucho al caso el seguir el consejo de Publio Mimo: *Fer facilia, ut & difficilia perferas.*

Un consejo tomarás,
que es muy bueno entre los buenos:
si quieres vencer lo mas,
comienza á vencer lo menos.

UNIVERSIDAD DE BORDO LEVA
BIBLIOTECA USIA. - TITARA
"ALFONSO" de YVES
1888. - XII.

§. XII.

Pero si no sabemos vencernos ni aun en lo poco, ¿como esperamos salir victoriosos en lo mucho? Con todo, quando se ha de combatir contra una inclinacion natural, y aun mucho mas contra un hábito, que por sus muchos actos ha llegado á ser vicioso, mayor será el provecho, si no se intenta el conseguir al primer choque la victoria: es necesario caminar poco á poco, y grado por grado. El que está dominado de la pasion de la ira, no espere vencerla, ni derrocarla al primer golpe. La primera diligencia para comenzar á vencer la cólera es cerrar bien las puertas á la lengua, para no exceder en las palabras, y de este modo serán prudentes, y sabias las respuestas. Atenodoro, que fué un Filósofo muy estimado de Augusto, aconsejó á este Príncipe, que antes que hablase, ó respondiese quando estaba encolerizado, recitase una por una todas las letras del alfabeto, y en lo demas discurriendo del mismo modo.

§. XIII.

Finalmente es fácil, poniendo algun cuidado, el arrancar de nuestro corazon aquellas espinas que nacen de aquellos males, que dependen de nuestra opinion, ó imaginacion, y no de alguna verdad. Grande miseria del hombre es esta; pues como si le faltasen verdaderos males en el pais que habita, se va fabricando él mismo otros muchos con su fantasía, y opinion propia; y aunque estos sean propiamente insubsistentes, y fantásticos, con todo, tienen el mismo vigor que los verdaderos males para inquietar, y martirizar á los hombres. Las cabezas endebles, é ignorantes son las que en su territorio hacen nacer abundante cosecha de estas yerbas inútiles, y espinosas; y por ventura ¿hay en el mundo carestía de tales cabezas? Para agitar, y conmover por algun

gun tiempo el corazon de alguno, bastará el hallarse presente á la muerte repentina, ó violenta de otro hombre: bastará alguna vez un sueño extraño, y pesado: el miedo de brujas, y hechiceras, y del mal que pueden hacer, ó la aprehension de haberlo hecho ya, ó el aprehender que las fantasmas, las almas de los difuntos, ó los mismos diablos andan de noche rondando por las calles, ó de que en alguna casa vive de asiento algun duende, ú otras fantasmas, y aprehensiones semejantes; Ved ahora qué raros caprichos, qué ridículas aprehensiones anidan en los cerebros de los mortales! No tienen fundamento alguno, y con todo pueden hacer, y hacen mucho daño; pues á la gente demasiado medrosa solo el oír estas cosas, hace estremecer el cuerpo, y temblar el alma. La noche particularmente es la que mas infunde estos temores; y ha sucedido alguna vez enfermar uno, y morir por haberle hecho una burla con una linterna mágica. El hombre sabio no necesita mucho discurso para librar su fantasia de imaginaciones vanas, ridículas, é insubsistentes; y será bueno el acostumbrar temprano á los jóvenes á conocerlas, y á despreciarlas. El prudente, y verdadero Christiano se rie, y no le dan cuidado estos cocos de niños, despreciándolos como falsos, y vanos. Lo mismo hace con los agoreros, y con las profecías de los Astrólogos, y especialmente las que tocan en las acciones del hombre, sabiendo que la ciencia de lo que está por venir es propia de la Divinidad, y que sin un milagro, ó revelacion de Dios, la ciencia humana no puede penetrar este abismo del corazon del hombre. Tampoco se turba el verdadero Christiano, quando en su edad encuentra el año que llaman climatérico, no aprendiendo en él, como ni en otros dias de la semana, y del mes, aquella gran malignidad, que en los tiempos antiguos pretendieron atribuirles los falsos adivinos, y verdaderos charlatanes. Y si la gloria de los Héroeos, y de los Literatos no fuese, como lo es en la realidad, un bien lícito, verdadero, y no soñado mientras que viven en este mundo,

do se reduciría tambien dicha gloria á un nombre, que suena, y nada significa, porque muerto el sugeto, se acabó el gozo de ser alabado. Pero hablando ahora de la fama que el hombre apetece, y desea para despues de esta vida, no dexaré de llamarlo un fantasma honesto, y provechoso; porque aunque de nada, ó de muy poco sirva al que trabaja, y se fatiga por la fama póstuma; con todo no dexa de ser útil, y provechoso al público. Por tanto es muy propio del hombre sabio, y prudente el procurar exercitarse en tales obras, que sean para mayor honra, y gloria de Dios, honorífico obsequio de su patria, y si ser puede de todo el Orbe. No debe buscarse con ansia la gloria terrena; pero si ella viniere, no debe despreciarse, aunque el huirla es acto de virtud mas heroyca. El fin primario, que en sus acciones tienen los buenos, es el de agradar al Señor que los crió; y tambien se agrada Dios en que el hombre, en quanto pueda, haga beneficios, ó perpetuos, ó de duracion larga á su propia República. Al que muere, de nada servirá ciertamente la fama que dexará entre los hombres; pero el mérito de las buenas obras, que hizo viviendo, y mas las que hizo por agradar á Dios, se verá recompensado en el dichoso Reyno del mismo Señor por toda la eternidad. Ademas de esto, la fama que dexará de sí en el mundo, aunque á él no le sirva de algun provecho, podrá servir á otros, que emulando aquel buen nombre, se sentirán movidos á imitarle, trabajando con ardor noble en provecho del público para lograr algun dia igual aplauso.

§. XIV.

EXâminados ya los principales efectos de la mortificación, y vistas las provechosas lecciones, que debemos estudiar pertenecientes á esta virtud, á que debe aplicarse con toda la atencion el verdadero Profesor de la Filosofía Moral, es necesario poner en ello todo nuestro esfuerzo; porque si todo esto con un estudio continua-

do

do se necesita para aprender, y perfeccionarse en qualquier arte, ó ciencia, quanto mas acreedora á esta aplicacion, y trabajo debe ser aquel arte, ó ciencia preciosísima de saber hacer la guerra á nosotros propios, que es lo mismo que saber gobernarnos, y dirigirnos entre los freqüentes escollos, y borrascas de este mar peligroso del mundo? Arte mas necesaria que todas al hombre, que debe fatigarse, y trabajar incesantemente para conseguir un bien tan grande, de quien depende nuestra quietud, y tranquilidad en esta vida, y la eterna felicidad en la otra. De no practicar estos documentos saludables, provienen por lo comun la inquietud, y desasosiego de nuestros corazones. No juzgamos rectamente de las cosas, tenemos preocupaciones muy falsas, y vanas ideas. Juzgamos ventajosamente de lo que nos falta, y no podemos conseguir; esto es, damos á las riquezas, honores, y á otros bienes puramente terrenos mas valor de lo que tienen en sí, especialmente quando no los podemos conseguir, ó no los sabemos conservar: de aqui nace la impaciencia con que los deseamos, descurridos al mismo tiempo de lo que tenemos entre manos, ó lo que facilmente podemos conseguir, y que bastaría para contentarnos en esta vida, si supiésemos gobernar bien nuestras ideas. A este propósito dixo sabiamente el Poeta Horacio:

*Rure ego viventem, tu dicis in Urbe beatum,
Stultus uterque, locum immeritum causatur iniquè,
In culpa est animus, qui se non effugit unquam.*

Ser feliz el Aldeano

juzgo sin algun temor;
pero tú eres de otro humor,
y estás por el Ciudadano.
Uno, y otro es necio, y vano,
sin saltarles al respeto,
quando uno y otro sugeto
presumen que en realidad
puede haber felicidad
si su ánimo no está quieto.

Por

Por esto repito tantas veces esta lección , asegurando que lo mas provechoso para nosotros , y lo que mas nos conviene es el componer nuestro ánimo , y nuestra mente , y comenzar á estudiar esta útilísima lección por ser la mas importante de la Filosofía Moral , como que en ella se encierra la parte mas nerviosa , y jugosa de esta ciencia. Quanto mas aprovechemos en vencer nuestros apetitos , en refrenar nuestras pasiones , y rectificar nuestras falsas torcidas opiniones , tanto mas seguro camina el hombre , y se interna en la derecha senda de la verdadera sabiduría , siendo en este importantísimo negocio lo mas apreciable , y singular , que el aprovechar depende de nuestro querer , ó voluntad. Por este camino se llega al grado mas sublime de la Filosofía , que es la igualdad , ó quietud del espíritu , que se halla en pocos puramente Filósofos ; pero siempre en los Santos , que son los Filósofos del mundo christiano. Consíguese ciertamente , así en la Ciudad , como en la Aldea , tener quieto el ánimo , y alegre el rostro , tanto el pobre como el rico , tanto en la próspera como en la adversa fortuna. Pero el sabio no se altera , no se inmuta , ni lo descomponen el demasiado gozo , y alegría , aunque le salga segun su deseo la favorable expedición de un grave negocio , aun quando le den la cierta noticia de haberse provisto en su persona la dignidad mas útil , y honorífica. Da muchas gracias á Dios por aquel bien ; pero reflexiona , y considera al mismo tiempo que son poco durables los bienes de este mundo , y que pueden quitarle mañana lo que le han prestado en este dia. Llegan despues dentro de poco las desgracias , las injurias , las contrariedades , las calumnias , los falsos testimonios , y otros muchos contratiempos. Observad su semblante , y le hallaréis sin la mas mínima alteración : no por otro motivo sino porque su corazon está acostumbrado á sufrir , y padecer. Bien domado , y sujeto el amor propio , ha tomado una constante resolución de no alterarse jamas , ni perder su quietud , y sosiego , por quantas cosas su-

ce-

cedan en el mundo ; sobre todo el recibir friamente , y sin alterarse aquellos fieros golpes que llaman de fortuna , y son de la investigableProvidencia , los cuales en otros sujetos suelen levantar una niebla espesa de cólera , y melancolía , y aun suelen llegar al terrible término de la desesperación : esto , decia , puede provenir de tener sujeta en todo , y por todo nuestra orgullosa voluntad á lo que de nosotros quiere , y dispone la voluntad sola de nuestro Dios. No puede encarecerse bastantemente la utilidad de este consejo tan saludable. Nos lo ha enseñado , y enseña la Divina Sabiduría , y quiere que lo repitamos devotamente en la Oración del Pater noster : tanto nos importa el ponerlo en práctica. Ninguno se gloríe de haber llegado á poseer perfectamente la Filosofía , ó Sabiduría verdadera , hasta que no sienta dentro de sí aquella igualdad , y serenidad de ánimo , que fué tan alabada , y encomendada aun por los antiguos Filósofos ; y de la que dixo el ya mencionado Horacio :

*Æquam memento rebus in arduis
Servare mentem , non secus ac bonis
Ab insolentia temperatam
Lætitia , moriture Deli.*

Delio , pues eres mortal ,
vive siempre cuidadoso
de tener ánimo igual,
preparado al bien , y al mal,
si deseas ser dichoso.

Pero á este envidiable estado por lo comun no suele llegar el que no está bien unido con Dios , y aprecia como un mandamiento de su Señor todo aquello que sucede en el mundo , sea próspero , ó adverso. Y si alguno respondiere que es muy dificultoso el rayar tan alto , y el mirar de una misma manera la pérdida , y la ganancia de la hacienda , la muerte , y la vida , dirá una cosa cierta ; pero al mismo tiempo deberá confesar una consecuencia necesaria , y verdadera ; esto es , que nosotros somos perezosos , imprudentes , y locos. Andamos con-

con-

continuamente buscando á nuestro cuerpo todas las comodidades posibles, nos afanamos, y trabajamos para libertarlo de dolores, y enfermedades, que padece algunas veces; pero no queremos dar un paso para procurar la paz de nuestro corazón, sosegar nuestro ánimo, y apartar de él las alteraciones violentas, que le inquietan, y perturban. ¿Remediamos acaso nuestros males con tanto enojarnos, y dolernos continuamente? Entre tanto perdemos la paz, y quietud interior, que es un bien inestimable, y la perdemos sin provecho alguno; y en vez de minorar nuestros males, los aumentamos notablemente. ¿Por ventura, no es un mal muy triste, y penoso el sentirse interiormente atormentado, despedazado, é inquieto? Aun nos queda que añadir otra cosa; porque la *igualdad*, y *serenidad de ánimo*, es una receta específica, y poderosa para hacer mas durable nuestra vida sobre la tierra: ella es la que nos hace imperturbables, y como insensibles para todas las desgracias, y adversidades; con ella dexamos que corran los desórdenes del mundo, quando no los podemos remediar, con tal que cumplámos nosotros con nuestra obligacion, descansando por lo que pertenece á lo demas, en la Providencia, y voluntad de Dios; siendo, pues, dos deseos del hombre, pero muy intensos, y eficaces, el vivir en paz, y el vivir mucho tiempo, y dependiendo en gran parte esta dicha del uso de esta receta, será un necio el que la ignora, y un loco el que no la usa.

CAPITULO XXXVI.

*Del buen régimen del apetito de la libertad,
y del mandar.*

S. I.

DOS especies de libertad pueden ser el objeto de los deseos humanos: la una el desear estar libres, y
sin

sin impedimento alguno para hacer, ó dexar de hacer todo quanto queremos, ó no quieremos: la otra de no estar sujetos á otro hombre, que sea como nuestro superior, ó amo. Estos dos deseos necesitan un fuerte freno, porque de otra manera estaria siempre preparado al hombre el precipicio, y la República estaria muy desconcertada, y expuesta á su ruina. Este freno nos lo ha puesta ya la Divina Providencia con sus leyes santísimas, por lo que mira á no deber obrar sino bien, y con arreglo á la virtud. Otro freno son para los hombres las leyes humanas, por lo que mira á la quietud, y buen gobierno civil. Pero sucede muchas veces, que nuestra loca soberbia tasca, y muerde este freno con furor, y rabia al verse privada, ó impedida por leyes divinas, y humanas de poder hacer lo que ella quisiera. Queja irracional es esta sin duda; porque ni las leyes humanas, ni las divinas nos quitan la libertad, y solo la ponen alguna limitacion. Por lo que mira á la Santa Ley de Dios, aunque nos dexa siempre sin impedimento la libertad del albedrío, con todo nos prohibe el usar de ella para hacer mal á otros, ó á nosotros mismos, y desea que únicamente la exercitemos haciendo bien á todos, proponiendo á este fin premios, y castigos, aquellos para los obedientes humildes, estos para los desobedientes pertinaces. Por tanto; ¿á que fin nos quejamos tan agriamente, porque mediante la Ley Santa de Dios nos hallamos impedidos con la ya mencionada limitacion para no hacer aquello que es malo por su naturaleza, y que si lo pusiésemos por obra causaria daño á nosotros, y á la República? Hay ademas de esto las leyes humanas, que por muchos capitulos refrenan, y cortan los vuelos á nuestros deseos desordenados; y esto es tambien muy necesario á la misma República, cuya tranquilidad, y feliz quietud se hallaria turbada á cada paso, quando se dexase suelta la rienda á la voluntad, y capricho de los Ciudadanos. Mas debe importar el bien público, que el privado. ¿Y por ventura no somos todos una parte,